

Deja que tu hijo gane

Estaba visitando a mi nieta, Mira, que tiene dos años. Sus padres, Mira y yo fuimos a la playa. Al cabo de un rato, quisimos volver al coche. Mira empezó a gritar. Quería quedarse en la playa.

Tal como me criaron, mi padre me agarraba y me llevaba al coche por mucho que gritara, y si seguía, me castigaban. Rara vez me dejaban salirme con la mía. En mi cultura, los niños necesitan saber dónde está la autoridad, escuchar y obedecer. Pasaba más tiempo en el baño castigándome que atendiendo mis necesidades.

Con Mira, pasó algo diferente. Stasia, su madre, se agachó para quedar a la altura de los ojos de Mira. Stasia le preguntó a Mira si quería arroz o patatas. Mira dijo patatas. Luego me preguntó si quería ensalada o fruta. Tras dos preguntas más, en las que Mira tomó decisiones sobre lo que quería, Stasia llevó a Mira al coche. Se fue en paz. Nada de gritos.

¿Qué ha pasado?

Aquí va mi opinión.

En la teoría del ciclo de vida, afirmaba que los roles de la PAEI se desarrollan con el tiempo dentro de una organización. Acabo de tener la idea de que también se desarrollan en la vida humana.

Tres perspectivas guían las decisiones: lo que **queremos** hacer, lo que **debemos** hacer y la realidad a la que tenemos que adaptarnos — adaptarnos a lo que **está** ocurriendo.

La función (E) impulsa la perspectiva de "querer". La perspectiva de "debería" está impulsada por la función (A), y la perspectiva "ser" — la perspectiva de la realidad — por la función (P).

Me parece que, como en el ciclo de vida organizacional, el primer rol que se desarrolla con los humanos es la (E) — la **perspectiva del deseo que impulsa la toma de decisiones**.

Mira montaba un espectáculo porque quería jugar más con la arena. Pero creo que Mira estaba ejerciendo su perspectiva de deseo — que puede querer y hacer que suceda lo que quiere. La excusa era la playa. Si no gana la discusión de la playa, buscaría otra cosa con la que luchar.

Lo que hizo Stasia fue darle opciones, y Mira pudo ejercer su perspectiva de deseo. Una vez que consiguió lo que quería, la arena y la playa dejaron de ser relevantes. Se fue al coche.

Es muy importante no derrotar a un niño al ejercer sus deseos. Les hará daño más adelante en la vida. La forma de hacerlo es dándoles otra cosa en la que ganar en lugar de con el objeto de que queremos ganar.

Estudio de caso real

Ana vino a mí destrozada. Su marido, David, anunció que se iba de casa y pedía el divorcio. Después de doce años, eso parecía un matrimonio perfecto — nunca una discusión — que Ana recomendaría, y él siempre estaba de acuerdo con su recomendación.

Ahora, de repente, sin previo aviso, le dijo que ya no podía soportar su personalidad dominante. Ya no quería ser su esclavo, etc.

Ana estaba destrozada. ¿Qué le pasaba a David? Él siempre estaba de acuerdo con ella. Nunca le imponía sus decisiones. Sugirió ella, y él siempre aceptaba. ¿Qué ha pasado?

Sugerí que probablemente tenía un padre muy dominante (lo comprobamos; Tenía razón) que le daban órdenes y nunca le dejaban hacer lo que quería. Así que no se atrevía a "querer". Aceptaba todo lo que Ana sugería, pero en el fondo resentía no poder hacer lo que quería. Tras doce años, recuperó el valor.

¿Qué hacer?

Con los adultos, en un matrimonio, la personalidad más fuerte nunca debería ser la primera en sugerir qué hacer. Él o ella debería preguntarle primero al más débil qué es lo que ELLOS quieren hacer. Y solo después de que eso quede claro, la persona más fuerte debería decidir si está de acuerdo y, si no, encontrar la manera de que el más débil gane, pero en áreas con las que el más fuerte se sienta cómodo.

Esto no es una teoría ni una práctica de manipulación. Es reconocer las necesidades de la otra persona y honrarlas y respetarlas, en lugar de forzar — aunque sea sin querer — tus necesidades primero.

Mucho que aprender.

Solo pensando,
Ichak Adizes